

ORAR EN LA RUTINA

¿Es posible orar en la rutina? ¿Qué claves nos ofrece Jesús? El regreso obligado a la vida ordinaria después de las vacaciones nos sitúa ante estas preguntas que pueden parecer accesorias, pero que nos confrontan con un elemento clave en la búsqueda de Dios. Porque, si deseamos descubrir a Dios en todas las cosas, necesariamente hemos de ir aprendiendo a sumergirnos en lo cotidiano, con sus sombras y gozos, desde una actitud orante, con la mirada de Dios.



LA llegada de septiembre nos recuerda de forma implacable que terminamos el tiempo estival y volvemos a la rutina. ¡La rutina! ¡Qué palabra tan desagradable! Todavía tenemos frescas las imágenes de alguna experiencia deliciosa disfrutada durante las vacaciones: ese viaje a un lugar maravilloso, aquel encuentro familiar más reposado, las mañanas tranquilas sin necesidad de madrugar, el tiempo para leer sin prisa una novela apasionante... Y, justo ahora que estábamos tan a gusto, regresa la rutina, esa fiel compañera de la que no logramos deshacernos por mucho que lo intentemos.

Si nos detenemos a considerar con detenimiento la palabra «rutina», es probable que se nos despierten distintos significados. En primer lugar, puede que aparezca su lado más tedioso, ese que nos remite a la repetición monótona, como levantarnos todos los días a la misma

hora, tomar el mismo medio de transporte, ir al mismo centro de trabajo, encontrar a las mismas personas e incluso afrontar conflictos y dificultades a menudo parecidos. Nuestra sociedad nos alerta constantemente contra el riesgo de aburrimiento mortal que se esconde aquí, y por eso nos exhorta de mil maneras a salir de la rutina por medio de experiencias cada vez más rebuscadas.

Sin embargo, junto con este significado de cariz negativo tal vez encontremos otro, mucho más alentador. «Rutina» y «ruta» comparten la misma raíz y tienen interesantes puntos en común. Una ruta es una senda trazada que nos permite transitar por parajes con frecuencia hermosos sin peligro de perdernos. Mientras la gente va y viene por ella, la ruta ofrece seguridad y, de este modo, facilita que disfrutemos del camino. La rutina tiene un efecto semejante ya que, mientras repetimos

diariamente una serie de gestos, ahorramos una gran cantidad de energía que podemos invertir de manera creativa. ¿Cuántas veces he encendido la cafetera al despertarme por la mañana? Gracias a que un día tras otro repito el mismo gesto, sin necesidad de consultar el manual de instrucciones, queda libre en mí una dosis de energía que me permite ir rezando un poco o escuchar las noticias mientras preparo el café.

La rutina se transforma así en una gran aliada de nuestra vida espiritual, con tal de que no la confundamos con su versión degradada: la inercia. Esta otra fuerza sí que alberga la capacidad de aprisionarnos, en la medida que nos lleva a vivir lo cotidiano como un peso muerto, como una carga agotadora, como un complejo laberinto cuya salida no conseguimos encontrar.

Por el hecho de ser cristianos no quedamos vacunados contra estos riesgos propios de la naturaleza humana y potenciados por nuestra cultura. Sin embargo, en la fe podemos encontrar un estimulante resorte, no para combatir la rutina, sino para adentrarnos en ella con hondura, desde el convencimiento de que también ahí –y quizá sobre todo ahí– Dios nos está esperando.

Cuando leemos con atención desde esta clave el itinerario biográfico de Jesús, nos damos cuenta de que también Él conoce a fondo la rutina. Durante unos treinta años vive en Nazaret, una aldea perdida en la «Galilea de los gentiles» (Is 8, 23) y que no aparece en ningún mapa de la época. La gente sabe que de Nazaret no sale nada bueno (cf. Jn 1, 46), porque se trata de un lugar irrelevante, habitado por gentes poco instruidas. Jesús hereda el oficio de su padre José (cf. Mt 13, 55) y se gana la vida como *tékton* (término griego utilizado por los evangelistas, y que solemos traducir como *carpintero*), una persona que trabaja la piedra, el metal y la madera en obras de construcción (cf. Mc 6, 3).

Una vida, la de Jesús, que se parece mucho a la nuestra si tenemos en cuenta que durante la mayor parte del tiempo se dedicó en Nazaret a lo mismo que sus paisanos, sin llamar la atención por nada, sin realizar gestos ni pronunciar discursos dignos de ser narrados por los evangelistas. Como nosotros, que tampoco salimos en los periódicos ni atraemos la atención de las multitudes, más allá de algunos *likes* en las redes sociales.

Pero los relatos evangélicos nos dejan ver que, precisamente en esa realidad banal y cotidiana de Nazaret, Jesús hace una experiencia profundamente transformadora. Donde los demás solo ven un pastor que busca una oveja perdida, Jesús intuye una imagen de su propia misión al servicio de la humanidad errante. En el puñado de levadura que las mujeres de su pueblo añaden al pan, quién sabe si con desgana o cansancio, Jesús detecta un modo de crecimiento del Reino de Dios. Cuando observa el paradero de la sal que ha perdido su sabor y termina en la calle, pisoteada por la gente,

Jesús comprende que una vida desconectada de Dios acaba pareciéndose a esa sal carente de sentido y de futuro. La escuela de Jesús es la vida en Nazaret, con su dosis de rutina: allí, durante treinta largos años con sus días y sus noches, el Señor descubre la realidad, la experimenta a fondo, la relee con el Padre, se deja afectar y transformar por ella.

Nazaret se convierte para nosotros en un espejo donde mirar nuestra propia rutina con ojos creyentes. Contemplar a Jesús en su denominada «vida oculta» constituye un ejercicio orante capaz de iluminar con nueva alegría la superficie, a veces plana, de nuestra cotidianidad. Mirarle hecho «uno de tantos» en Nazaret (cf. Flp 2, 7) nos conduce a comprender que las circunstancias diarias, las relaciones, responsabilidades y trabajos, son el lugar privilegiado donde se juega el seguimiento de Jesús. Al activar la mirada contemplativa sobre la rutina, al dejar que el Espíritu nos libere de inercias y active en nuestro corazón el deseo de buscarle en lo pequeño, sentiremos tal vez con sorpresa que ahí, precisamente ahí, Dios nos espera, nos abraza y nos envía.



Avivar la llama

Pistas para dialogar en familia

- ¿Qué sentimientos produce en mí la palabra «rutina»?
- ¿Qué experiencias positivas de rutina encuentro en mi vida?
- ¿Qué necesito para vivir la rutina con más hondura y sentido?
- Lee Lc 15, 1-10:
 - ¿De dónde le viene a Jesús este aprendizaje?
 - ¿Cómo «mira» Jesús las cosas corrientes para ver lo que ve?
 - En su vida hay ovejas, pastores, monedas... ¿Y en la mía? ¿Qué realidades comunes y corrientes me hablan de Dios y de su proyecto?